

EN BÚSQUEDA DE RESPUESTAS
CARLOS NICOLÁS CASTILLO LEVICOY

ISBN: 978-956-09667-9-7



A standard 1D barcode representing the ISBN 978-956-09667-9-7.

9 789560 966797

Fichero Austral



©Carlos Nicolás Castillo Levicoy

©Fichero Austral Editorial

ISBN: 978-956-09667-9-7

Impreso en Chile por Andros Impresores, Santiago

Tiraje: 100 ejemplares

Año: 2023

Edición general: Constanza Pérez Lira

Edición de Texto: Dra. en Estudios Latinoamericanos, Florencia Henríquez Cox

Diseño gráfico: Pampa Estudio

Imágenes: Carlos Nicolás Castillo Levicoy

CARLOS NICOLÁS CASTILLO LEVICOY

Queda prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio de impresión,
en forma idéntica, extractada o modificada, de esta versión de la obra.

La edición del presente libro ha sido posible gracias al financiamiento del Fondo
Nacional de Desarrollo Regional (FNDR) 8% de Cultura del Gobierno Regional de
Aysén, y su Consejo, año 2023 y cuyo responsable en su ejecución fue la
Corporación Memoria Austral.

en
de
**BÚSQUEDA
RESPUESTAS**



AUTOR

De ascendencia Mapuche, **Carlos Nicolás Castillo Levicoy**, nació en el año 1977 en la ciudad de Coyhaique, región de Aysén, Chile. Desde niño junto a su padre estuvo ligado al trabajo de la explotación maderera en el bosque nativo, y esto lo llevó a realizar sus estudios universitarios en la Universidad Austral de Chile-Valdivia, donde obtuvo el título de Ingeniero Forestal en el año 2007. Posteriormente cursó un Magíster en Ciencias Mención en Botánica, en la Universidad de Concepción el año 2009. Obtuvo dos becas de creación literaria, en 2009 y 2011 respectivamente, ambas otorgadas por el Fondo Nacional del Libro, del Ministerio de las Culturas, las Artes y el Patrimonio, región del Bío Bío. Cabe destacar que también obtuvo un segundo lugar nacional en el concurso literario Historias de Nuestra Tierra Cuentos y Poesía del Mundo Rural (FUCOA) del Ministerio de Agricultura, año 2009. El año 2022 es reconocido como Tesoro Humano Vivo por el Estado de Chile y UNESCO.

Su trabajo durante los últimos años ha estado enfocado en la investigación y la puesta en valor de los oficios tradicionales madereros y a estudiar la arquitectura vernácula regional, que le han permitido publicar varios trabajos entre artículos y libros, junto a otros profesionales. Junto a la arquitecta Constanza Pérez Lira, están impulsando el estudio y la puesta en valor de la arquitectura vernácula a través de la iniciativa “Aysén Vernacular”. Es socio investigador de la Corporación Memoria Austral. Reside en la región de Aysén, donde trabaja actualmente como consultor e investigador en el área forestal y tecnología de la madera, y como tejuelero artesanal.

ÍNDICE		
	10	PRÓLOGO
	15	PREFACIO
	19	KOYAM
	23	LOS HERMANOS
	31	LOS PADRES
	35	LA HUED HUED
	39	KOYAM Y SUS AMIGOS
	47	EL VIEJO ÁRBOL
	53	EL SUELO Y EL AGUA
	57	EL PELUSA
	61	EL CACHORRO Y SU MADRE
	65	LAS HUELLAS DE PUMA Y LA CORTA DE ÁRBOLES
	69	LA DISCUSIÓN
	73	LA FAMILIA DE CARPINTEROS
	79	EL VALLE
	85	EL CHUKAO
	89	LAS TRAVESURAS DEL ZORRO
	95	EL INESPERADO ENCUENTRO EN LA LAGUNA
	101	LA MUERTE DEL VIEJO ÁRBOL
	105	REGRESO A CASA
	109	DÍA DE PESCA
	113	LA TRAVESÍA
	121	LA JOVEN MISTERIOSA

RÓLOGO

PRÓLOGO

El despertar de la percepción

Un prólogo a una obra como esta sin duda debe tocar el gran tema que subyace a estos relatos respecto al cuidado y respeto de la naturaleza. A diario recibimos noticias e información sobre el cambio climático, la desaparición del bosque nativo, la destrucción de hábitats de especies que luchan por sobrevivir a la sobreexplotación de recursos que venimos llevando a cabo, cada vez con mayor voracidad. Y aunque conocemos estos datos, e incluso podemos mostrarnos conmovidos por el escenario catastrófico, pareciera que dichos discursos no llegan más allá de la mera inquietud o consternación. Decimos o creemos tomar conciencia del desastre ecológico, pero mostramos mínimos cambios en nuestra relación con el medio ambiente.

Un texto como el que crea Carlos Castillo Levicoy produce efectos en sus lectores, quienes, desde otro lugar, somos llamados a observar la naturaleza, a contemplarla y a desechar conocerla más, a aprender a escucharla, a percibirla utilizando todos nuestros sentidos. Este libro sin duda despierta la inquietud y la empatía en nosotros, para buscar un acercamiento espontáneo con nuestros entornos, reconociendo en el bosque un lugar que querríamos volver a comprender, pero del que ya no somos parte, porque hemos elegido abandonarlo, y renunciar a su lenguaje.

Carlos recrea escenas de la vida patagónica que conoce muy bien, porque le pertenecen desde la infancia, ya sea por las historias que le contaba su padre o por su propia experiencia “de observar y observar detalles que suceden en el bosque nativo durante las faenas de trabajo que yo he experimentado desde muy niño. Siempre ponía atención a cada detalle, las aves, los sonidos, el aroma, el ruido de los insectos, el ruido del agua, la textura de la tierra húmeda, la madera y sus detalles, los gusanos al interior de la madera y el suelo. Este era mi ambiente de juegos diarios”. Y nos regala un poco de ese saber que ha ido cultivando con los años, para transmitir una forma de mirar, que es también una manera de vivir.

De hecho, la lectura de En búsqueda de respuestas nos lleva por al menos dos caminos. Para quienes conocemos el bosque del sur de Chile, su flora y su fauna, nos invita a revivir la experiencia de aromas, sonidos, texturas y colores guardados en la memoria, a profundizar en este conocimiento especializado y sensible de la observación de la naturaleza, de volver a ser partes del lugar, por al menos unos minutos. Y para quienes no tienen proximidad con el ecosistema patagónico, en cada relato acceden a una contemplación de la variedad de especies que lo habita y compone, y experimentan una ruta placentera en el descubrimiento de un universo hasta entonces desconocido, que se ofrece cercano, simple, familiar. Ambos grupos de lectores, con más o menos saberes y experiencias, estamos invitados a un ejercicio de imaginación casi ineludible, que visualiza la complejidad de esta esfera natural y alcanza a presenciar una ínfima parte de las relaciones que establecen estos seres. “Claramente no somos los únicos seres vivos pensantes y sintientes”, me ha dicho Carlos.

Este libro se compone de relatos minimalistas que prescinden de las descripciones, y sin embargo evocan detalladamente los entornos boscosos en que ocurren las anécdotas. Y aunque suene contradictorio, no lo es. Aprender a observar la naturaleza, significa descubrir al instante que allí donde parece haber solo árboles, se constituye un microcosmos colorido, con infinidad de seres, como insectos, hongos, musgos, aves, larvas. Y aun cuando contemplamos el paisaje nevado, solitario y silencioso de la temporada invernal, sabemos que solo está dormido, pues estamos frente a la presencia de los ciclos naturales ocurriendo en cada rama que ha ralentizado sus procesos, y que luego hará estallar cientos de brotes cuando asome la primavera, presente en cada ser que se encuentra en estado de aletargamiento, pero no ausente, ni muerto, ni lejano. Todo en este libro es vida, y hasta las escenas de muerte están por completo entrelazadas en cada ciclo vital, porque las interacciones son algo trascendente que releva el autor en sus cuentos, y nos muestra cómo todos los organismos tienen la capacidad de relacionarse, cómo los procesos se suceden y vinculan.

En búsqueda de respuestas de Carlos Castillo Levicoy nos ofrece mucho más que el ingreso en la espesura del bosque patagónico y su universo complejo, abundante, fértil, espeso, húmedo, frondoso y repleto de vida. También conlleva una invitación a desarrollar la observación y la sensibilidad, pero sobre todo a cultivar la capacidad crítica de preguntarse y cuestionarse, tal como hacen sus personajes, para tomar auténtica conciencia del cambio de actitud humana que requiere su supervivencia.

Florencia Henríquez Cox.

Magíster en Letras con Mención en Literatura &
Doctora en Estudios Latinoamericanos.

Santiago, 31 de agosto de 2023

REFACIO

PREFACI

Cada tipo de práctica debe formar parte de un compromiso individual hacia el encuentro con la presencia absoluta de la naturaleza que nos rodea. La tierra es una comunidad de entidades vivas y ha sido hecha para amarla y respetarla. Solo la empatía, nacida desde lo más profundo del corazón y del alma, puede adentrarnos a comprender lo que este hábitat elemental para nuestro diario vivir pudiera estar sintiendo. La literatura que llega a nuestras manos debe destacar la sinceridad, la humildad y el respeto como hilo conductor para vencer los obstáculos y dificultades hacia una mejoría del estado actual de nuestros bosques. Este es un mundo mágico, donde los árboles y todos sus organismos observan silenciosos nuestro actuar, y es tarea nuestra comenzar a sopesar los impactos diarios hacia un mejor bienestar para todos.

El autor.



KOYAM

El paisaje ha cambiado bruscamente, cada día hay menos agua y el suelo se marcha silenciosamente. Los árboles mueren, producto de la acción del hombre y de las nuevas enfermedades que han llegado para quedarse. He tenido que resignarme a la partida de mis fieles y más grandes amigos, Keipün, Bola de pelos, Cristian, Jonathan, Newen, Lliwafe, Kooroo, Choén, Rayen y Chukao. Si pudieran ver en lo que me he convertido. Muchos recuerdos alegres, otros tristes, de aventuras y peligros.

Siento demasiada responsabilidad, pero algo me impulsa a batallar por esta causa. Ya no están mis padres para recurrir a ellos, pedirles algún consejo, que respondan a mis preguntas e inquietudes, “*Koyam, tienes que hacer lo que te diga el corazón. Hijo, siempre habrá momentos difíciles*”. Mis queridos padres.

La naturaleza siempre trae sus avisos, estoy solo en esto, pero puedo vivir así. Quién sabe, voy a comenzar a soñar otra vez con las cosas de mi raza y cantar como antes, junto al agua, junto al viento. Cuento lo que he visto, cuando muere un integrante de la raza del hombre, sus cercanos y lejanos lloran, se debe ayudar así a la esposa, al marido, a la madre, al hijo, en su dolor. ¡Qué triste! Pero, ¿quién se preocupa de nosotros? ¿Acaso los árboles, las aves, los mamíferos, el agua y el suelo no tenemos el mismo derecho a ser respetados y valorados?

Queridos lectores, detrás de cada relato sientan el agua, sientan el suelo, sientan el aire, sientan a los árboles, sientan la vida de cada ser, sientan el bosque. Deberíamos tener una profunda cercanía con todas las formas de vida en la naturaleza, lo que contribuiría significativamente a una mejor calidad de vida para todos.

¡Defendamos la idea de que todos los seres vivos tenemos el mismo derecho de vivir y prosperar!

Koyam...



A black and white photograph of a small bird, possibly a wren or similar, perched on a large, weathered tree trunk. The trunk is covered in thick, dark bark with prominent horizontal lenticels and some hanging rootlets. The bird is positioned in the upper left quadrant, facing right. It has a dark cap, a light-colored throat, and a dark breast. Its back and wings are dark with visible light-colored spots or streaks. The background is dark and out of focus.

LOS HERMANOS

A nuestros cortos años de edad, nos preguntábamos si estaríamos juntos para siempre. Qué haríamos al terminar el colegio, si alguno seguiría estudiando o no, si nos iríamos a vivir al pueblo. Imaginábamos cosas, tratábamos de darles alguna respuesta, nos mirábamos y reímos. ¿Qué le esperará al Pelusa cuando se acaben las vacaciones?

Llegamos rápido a la laguna, estaba genial.

—Jonathan! Agarra al Pelusa, que no se escape. ¡Atrápalo! —grité.

—Yo lo agarro por las patas, Cristian. Uno, dos y tres, al agua —respondió Yoni.

El Pelusa salió mojado y tiritando de frío. Luego nos pusimos a correr unos patos, a perseguir unas hued hued, no conseguimos nada. Nos subimos a un árbol, los pájaros nos miraban y metían ruido. Vimos unos carpinteros, siempre están buscando comida en los árboles, picoteaban el palo y se quedaban escuchando, si sienten el movimiento del gusano en el interior se ponen a hacer un hoyo para sacarlos, esto fue lo que nos dijo Pedro. Los loros son los más ruidosos, en esta fecha están con pichones. Los gansos y patos silvestres hacen sus nidos en árboles viejos y cuando tienen a sus pichones los llevan a la laguna. Y ahí estábamos esperándolos para ver si podíamos agarrar alguno y llevarlo a la casa.

—¡Cristian! —me gritó Yoni. —En ese árbol entró un loro, debe tener nido ahí. ¡Vamos!

Corrimos a mirar, los loros salieron del nido y se ganaron en las ramas más altas a observarnos. Nos apegamos al palo para escuchar si hacían ruidos los pichones. Al rato me puse a sacar unos ratones que se metieron en un palo podrido. El Pelusa hacía su parte tratando de abrir un hoyo y meter su hocico. Perro huevón, tenía un olor repugnante, lo había meado

un chingue¹. Luego llegamos a un aserradero abandonado donde al tío, a Pedro y a otros parientes, les tocó trabajar, cortando con hacha, con trozadora, tirando palos con bueyes. Había mucha madera junta, y máquinas grandes de metal.

—¡Vamos, es tarde! —le recordé a mi hermano.

—Está bien —respondió Yoni.

—¿Te imaginas encontrarnos con un árbol que hable y que sea nuestro amigo? —dijo Yoni, mientras me miraba con esa cara de inocencia que tienen los niños.

—Loco, ya vamos mejor. Esas tonteras no existen —le aclaré.

De pronto divisamos la casa, había fuego y los perros comenzaron a ladrar. En el corredor había un rebenque de cuero, nuestro verdugo. Nos la buscamos, ahora a hacer frente a nuestro castigo, por lo menos el Yoni se salvaría por ser el más chico.

—¿Dónde estaban? Les dije que se quedaran en la casa y que le ayudaran a su madre mientras yo me iba con el tío al campo —recalcó Pedro, con el rebenque en la mano.

—Sí, papá, pero estábamos... No nos fuimos lejos, ¿Cierto, cierto Yoni? —respondí.

—Sí, sí —también respondió Yoni con miedo.

Pero el barro, las hojas y nuestra ropa mojada nos delataron.

—Miren como están. Fueron a la laguna. ¿No les tengo dicho que no vayan solos? Pueden caer y ahogarse. ¡Cabros de mierda! Buscando su desgracia estas cagadas —repitió Pedro.

¹ Chingue o Zorrillo: Especie de mofeta sudamericana, de color negro con una franja blanca en el dorso. Se alimenta de pequeños invertebrados, vertebrados, huevos y algunos vegetales.

Cecilia estaba en silencio mientras él hablaba. Sentimos los guascazos por el culo, la espalda. Luego de los rebencazos nos arrancamos para el fogón a sobarnos y a llorar desconsoladamente.

—Mocosos de mierda, ¡cuándo van a entender que una orden es una orden! Si les pasa algo y uno acá sin saber dónde estaban. Se merecen que les den una buena zurra —insiste Pedro con el chicote en la mano.

Nunca nos había tocado una zurra tan fiera. Asustados, nos quedamos empacados y llorando cerca del fogón, mientras escuchábamos los rezongos del papá.

—¡Vengan para acá, ya les hablé! Vayan a lavarse y a sacarse esa ropa que traen. Mocosos desorejados y mentirosos de mierda. ¡Cuándo van a aprender! ¡Vengan para acá, mocosos de porquería!

Como los perros con la cola entre las piernas, nos fuimos corriendo a la casa. Sin mirar al viejo, nos fuimos a nuestra pieza, nos sacamos la ropa sucia y nos metimos a la tina que ya había preparado Cecilia. Las marcas de los guascazos se quedaron impregnadas en nuestra piel como líneas coloradas de leve escozor. Junto con sentir el alivio del agua tibia, comenzamos a reírnos sin que el viejo se diera cuenta, mientras la mamá nos pasaba, con sus suaves y cariñosas manos, un trapo con jabón para sacarnos la mugre.

—Crean que su madre siempre los va a estar limpiando y lavándoles la ropa. Un día de estos van a comenzar a hacer sus propias cosas, porque rías mal enseñadas. ¿Qué han aprendido en la escuela? —añadió el viejo.

—¡Termina, hombre! Déjalos, son solo niños. Ni tú lavas tus porquerías y les estás exigiendo a ellos que lo hagan. Yo los parí y me desvelo por ellos todos los días —replicó enojada la mamá.

—Mami, ¿es cierto que los árboles pueden oírnos y también pueden caminar como nosotros? —preguntó Yoni, mientras yo me reía entre dientes de sus estúpidas ideas.

—Cristian, no te rías de tu hermano. Sí, hijo, cree en lo que te diga tu corazón. Esos seres nos observan y nos cuidan. Ellos saben todo lo que nos pasa, ven lo bueno y malo que hacemos —respondió mamá a la pregunta que le hizo Yoni.

—Viste que tenía razón y tú no me crees —dijo Yoni mientras me tiraba agua a la cara.

Mientras mamá nos seca, me pregunta si todo lo que acababa de decir es verdad. Y si los árboles realmente pueden hacer eso, entonces saben todo lo que hacemos. Me dio miedo. El libro que el papá nos había regalado, ahí hablan de los árboles, voy a leerlo. Los profesores en la escuela han dicho que leer es un gran don.

Después de cenar, nos fuimos a la cama. Papá nos fue a acostar, nos dio un beso y cerró la puerta de la pieza, ese otro rincón que nos pertenecía, donde hacemos y deshacemos. En este cuarto están todos nuestros amigos, nuestros recuerdos, nuestros olores, nuestras penas, nuestras alegrías. Es un cuarto mágico, nuestro cuarto.

—Viste que papá no es tan malo —me dice Yoni.

—No entiendo a los adultos, hermano. Debería ser siempre cariñoso y no pegarnos por salir a jugar y llegar tarde. ¿Tú lo quieres, Yoni? —le pregunté a mi hermano.

—Sí, lo quiero. ¿Tú lo quieres también? —me preguntó.

—Yoni, ¿te acuerdas de ese libro viejo que nos regalo el papá? ¿Lo has visto? —le cambié el tema.

—Sí, aquí está, toma. Me gustan las imágenes que hay allí, es mágico —respondió mientras estiraba la mano debajo de la cabecera de su cama.

—Léelo para ver qué dice, pero despacio para que no nos escuchen —me sugirió Yoni, a lo que respondí:

—Mañana vamos a ese viejo árbol que dice Pedro, está embrujado. Vamos, vamos, hermanito— Y traté de convencer a Yoni con la condición de que si accedía yo le leía un poco del libro.

—¿Y si nos pillan y nos pegan nuevamente? Pucha, tú siempre sales con algo hermano. Llevemos al Pelusa, porque me da miedo ese árbol —agregó Yoni.



A black and white photograph of a man sitting on a wooden structure, possibly a porch or balcony, surrounded by large, weathered wooden beams. He is wearing a dark fedora hat and a long-sleeved shirt, and is smoking a pipe. The scene has a rustic, historical feel.

LOS PADRES

—¿Pedro, que vas a hacer mañana? —preguntó Cecilia.

—Mañana acompañaré a mi tío Juan. iremos a rastrear las huellas de león que encontró el otro día. No vaya a ser cosa que se ponga a matar ovejas. Luego pasaremos a cortar unos árboles en el bosque —respondió Pedro.

—Pedro, no vuelvas a pegarles tan fuerte, recuerda que solo son unos niños. No te olvides de que tú también lo fuiste alguna vez. Yo me las puedo arreglar perfectamente, sin la necesidad de que ellos estén encerrados en la casa —acotó Cecilia, mientras miraba fijamente a su marido.

—Sí, entiendo, pero es que estos mocosos a veces me sacan de quicio. Qué pasa si por sus descuidos les llega a pasar algo, se caen a la laguna o se estropean con algún palo, cualquier cosa les puede pasar. Tienen que ser responsables de lo que hacen —respondió Pedro.

—¡Sí, sí! Es cierto, pero déjalos que se diviertan, que disfruten su niñez, sé consciente de que es una y nada más. No entiendo tu actitud negativa —comentó Cecilia.

—Está bien, mujer. ¡Ya vámonos a la cama, es tarde y mañana tengo que madrugar! —añadió Pedro.

La serenidad hace de Cecilia una esposa y madre especial, que los niños admirán a su corta edad. Pedro es un poco terco y malhumorado.

A la mañana siguiente, Pedro se levantó temprano, preparó su desayuno como de costumbre antes de dirigirse hacia la casa de su tío Juan, mientras Cecilia y los niños se quedaban durmiendo.

—Vieja, ya me voy. Nos vemos en la tarde. Dile a los hijos que no se vayan muy lejos y que tengan cuidado si vuelven a ir a la laguna o al bosque. ¡Chao, amor!

—Está bien, hombre ¡Ya déjame dormir! —responde entre dormida Cecilia.





LA HUED HUED

Nos gusta estar cerca de los arroyos. La vida está cada vez más difícil, mis amigos desaparecen. Tras escarbar la hojarasca del suelo en busca de insectos y gusanos debajo de unos matorrales, noté ruidos distintos, me acerqué silenciosamente. Eran seres con cosas extrañas, que llegaron al bosque.

—¡Güete, Güete! —me llamó un árbol.

—¿Quién es? —pregunté.

—¡Soy yo! Al lado.

—¿Y cómo te llamas tú? —respondí.

—Afmatufaln¹.

—¡Yo soy Keipün²!

—¿Qué estás haciendo en este lugar, Keipün? ¿No te dan miedo los hombres?

—¡Curiosidad! ¡Son malos estos seres?

—Ellos llegan a los bosques para obtener nuestra madera. Keipün, ¡no quiero que me corten! ¡Tengo miedo de morir a manos de estos seres!

Afmatufaln me siguió contando con voz triste que muchos habían sido cortados durante décadas. En el bosque existen grandes aserraderos abandonados y con enormes máquinas.

—¡Afmatufaln, voy a acercarme!

—Cuidado, Keipün! —me responde él.

Uno de estos seres se alejó con algo en la mano. Decidí seguirlo, siempre tomando la precaución de no ser vista o estar demasiado cerca.
¡Güed, güed-güed, güed-güed!

Silbido tras silbido, el hombre llegó a una hondonada, donde descubrió a otros árboles grandes como Afmatufaln. Les dio un golpe con esa cosa que llevaba en la mano y se quedó escuchando. Miró a su alrededor y luego se fue.

—¡Amigos! ¿Qué les hizo este hombre? —digo.

—¿Keipün es tu nombre? —me contestan sin responder.

—¡Sí! ¿Cómo supieron? —les pregunto.

—Los árboles nos comunicamos todas las cosas que pasan en el bosque, por el aire y el suelo —dijeron ellos.

—¡Amigos, me voy! Quiero seguir a aquél ser. No se preocupen, tendré cuidado —los tranquilicé.

Y así dejé a mis amigos y seguí a aquel extraño ser. Voy a tener que contárselo a Koyam y a la Bola de Pelos.



¹ Afmatufaln: Admirable o ser admirable, en lengua Mapudungun.

² Keipün: Escarbar, en lengua Mapudungun.

A black and white photograph capturing a small, dark-colored bird perched on a thick, weathered wooden branch. The branch is part of a larger, fallen tree trunk lying on the ground. The background is filled with dense, dry grass and other fallen branches, creating a rustic and natural setting. The lighting is dramatic, with strong highlights and shadows emphasizing the texture of the wood and the form of the bird.

KOYAM Y SUS
AMIGOS

Mis padres me contaban cuando aún era una minúscula plantita en formación, que los árboles estamos destinados a crecer, vivir y morir estáticos para siempre ¿Si todo esto se pudiera cambiar, para andar libre y conocer nuevos lugares?

—¿Qué haces Koyam?¹ ¡Ey, acá estoy!

—Ah, eras tú, ratoncito. Estaba soñando, imaginándome cosas. Pensaba en Keipün, la hued hued. No la he visto hace días. Me gustaría salir a caminar para encontrarla.

—Ya aparecerá. ¿Me puedo quedar? Hace mucho frío.

—Bola de pelos, acomódate por ahí. No me vayas a quebrar alguna rama.

—¡Gruñón, como si yo pesara tanto! ¡Soy el único que escucha tus leseras! —exclamó el ratón.

—Peludo, si fueras otro, ya te habría corrido. No quiero discutir, buenas noches y cuidado.

—Koyam, ¿has hablado con Keipün?

—Será mejor que te calles, atado de pelos, quiero descansar.

—No sé por qué vengo a hacerte compañía. Estás gruñón estos últimos días, Koyam. ¡Cuéntame una de esas historias que te contaban tus padres cuando aún eras una semilla! ¡Por fis, cuéntame, vamos amigo, cuéntame, por fis!

—¡Huy! Está bien, pero luego te duermes. Ese es el trato. Ahora escucha con atención:

¹ Koyam: “Roble”, en lengua Mapudungun.

El loco:

“*Wedwed*² es uno de los ratones más valientes del bosque, así lo comentan los otros roedores. Por otro lado, *Kintun*³ tiene su reputación entre las lechuzas del sector, no hay ratón que se le escape en cada noche de cacería. En el bosque es conocida y comentada la rivalidad existente entre ellos, más que mal uno es la presa y el otro el depredador. Durante el día es difícil verles, gran parte de su actividad sucede en el atardecer y durante la noche. *Wedwed* vive junto a su familia, debajo de la raíz de un enorme árbol de coigüe. Varios agujeros como verdaderos laberintos permiten la entrada y salida todos los días a la familia. Su alimentación se basa en semillas, y varían su dieta con alimentos que logran sustraer de los campamentos de los hombres que llegan cada cierto tiempo a extraer la madera de los árboles.

—¡*Wedwed, Wedwed!* Ten mucho cuidado. Dicen que a *Kintun*, desde que llegó al bosque, no se le ha escapado ni un solo ratón —recalca su padre.

—¡*Ha!* ¡Comerme a mí? Por más que trate esa lechuza, plumífera ordinaria, cochina y asquerosa, no me atrapará nunca. Faltaba más, yo la laucha más astuta de este bosque, verme en las fauces de esa, faltaba más. Esa lechuza me ha estado acechando todo este tiempo, se ha comido a la mayoría de mis parientes. Mmm... voy a tener que hacerle algo. Plumífera cabezona, fea y con ojos de sapo, ya te las verás —responde *Wedwed* con una sonrisa desafiante a su padre.

En su árbol, *Kintun* aprovecha de descansar en su cómodo nido. La noche anterior es- tuvo agitada, la caza fue todo un éxito, varios ratones e insectos formaron parte de la cena. Su zona de caza comprende un extenso bosque de lengas, coigües y ñirres, que comparte con lechuzas, búhos, chunchos y otras especies del bosque.

—¡*Buaaa!* Qué relajante es descansar. Voy a echar una mirada fuera del nido. El frío cada vez se está haciendo más notorio. Es pleno otoño y hay que buscar alimento antes de

² Wedwed: Desobediente, loco, travieso, en lengua Mapudungun.

³ Kintun: La vista, en lengua Mapudungun.

que llegue la nieve. Esa rata peluda debe estar en su escondite, es lo más probable. Ya caerás en mis garras, ni toda tu familia te va a poder salvar. Buaaa, buaaa, mmm.

El zorro y el gato montés, que recorren a diario el bosque en busca de sus presas favoritas, no se cruzan frecuentemente en los caminos de Wédwed y Kintun.

—¿Kintun, Kintun? Arriba, lechuza dormilona. Este invierno estará muy malo...

—¿Quién me habla? ¿Quién es? —responde Kintun.

—Quién va a ser. Soy tu amigo, te vengo a buscar. Vamos, vamos, los demás nos están esperando. Nos dividiremos la zona de caza, para evitar conflictos. Esta noche te tocará cazar donde vive ese cochino ratón. Mmm, que cena más deliciosa te espera, ¡levántate, lechuza vaga! —insiste su amigo.

Luego de reunidas las lechuzas, cada una se dirige a su zona de caza. El color de las plumas de Kintun se camufla muy bien con la corteza de los árboles. El pelaje de Wédwed tampoco es detectado fácilmente por sus depredadores. Kintun estira sus grandes alas y las sacude, en esto Wédwed logra escucharlo;

—Estos plumíferos deben de estar rondando. Ha, dónde estás. Te voy a descubrir. Dónde estás, dónde, dónde. Ahí estás, pájaro cabezón asesino —comenta Wédwed.

Cuando Wédwed se da vueltas para volver a su escondite, Kintun da un ensordecedor chillido de angustia. Un enorme y feo gato montés, de un solo salto, atrapa al plumífero entre sus afiladas garras. Conmovido con la escena, la bola de pelos se acerca al gato, y desafiante le dice:

—¡Oye, gato hediondo, por qué no me comes a mí mejor! Ese es puro huesos y plumas. ¡Ven y cómeme a mí, estoy más gordito y sabroso, ven, ven! ¡Vamos, vamos, qué esperas! —recalca desafiante Wédwed.

—Mmm... tienes razón. Tú tienes más grasa que este atado de plumas —afirma el gato, mientras se saborea por la bola de pelos que se va a comer.

El relato de Koyam es interrumpido por un comentario incrédulo del ratón Bola de pelos;

—Buuuu, que eres mentiroso —dice el ratón.

—¡Cállate, revoltoso! Si no te vas para otro lado —refunfuña Koyam.

—Bueno, bueno, está bien. Me callo, me callo. Sigue, sigue, gruñón —agrega el ratón.

—No me vuelvas a interrumpir, porque ahí sí que te largas. Ya, como te contaba, Bola de Pelos:

Kintun, entre el susto y miedo, se preguntaba y preguntaba, por qué ese ratón al cual él ya le tenía los días contados para comérselo, había decidido ayudarlo.

—Mmm... te ves y hueles delicioso, ratoncito. Luego de comerte voy por ese pajarraco también —afirma el hediondo gato, mientras avanza y avanza hacia Wédwed.

—¡Ayúdenme, ayúdenme, por favor! ¡Que alguien me ayude! —gime y gime en voz baja Wédwed a la inevitable muerte que se acerca.

En ese instante, apareció de los matorrales un enorme zorro colorado, saltó sobre el gato y se lo llevó entre sus fauces. Atónitos, el ratón y la lechuza se miran por un par de minutos sin saber qué es lo que había ocurrido. Al rato ambos se acercan para hablar y acordar una tregua por lo vivido... pero justo en ese momento, el amigo de Kintun en el vuelo cazó a Wédwed entre sus garras y se lo llevó. Y así murió el loco Wédwed.

—¡No me gustó! Ese pajarraco debiera haber muerto y no mi pariente. Inventaste esa historia, estoy seguro de que la inventaste, Koyam —reclamó Bola de pelos.

—Laucha, esta es una de las historias que mis papás me contaban. Siquieres la crees, me da lo mismo. Ya duérmete, será mejor.

A la mañana siguiente:

—Bola de pelos, te despiertas o te boto.

—Mmm... está bien. ¡Koyam, Koyam, tus raíces, tus raíces! ¿Qué te está pasando?

—No lo sé, no lo sé, esto te quería mostrar. ¡Puedo moverme, puedo moverme, ratón!

Ambos están atónitos y en ese instante aparece Keipün la hued hued, quien también queda perpleja con lo que está viendo. ¿Cómo era posible que Koyam se estuviera moviendo desde un lugar a otro? Sus raíces estaban recubiertas con una gruesa capa de corteza.

—¡Amigos! ¿Se imaginan lo que vamos a poder hacer juntos ahora? —les dice Koyam a Keipün y Bola de pelos, quienes aún no salen del asombro.

—Pero ¿qué te pasó, amigo? ¿Quién te hizo esto? —pregunta angustiada Keipün.

—¡No lo sé, huedhuedcita, no lo sé! ¡No me importa, esto es genial, es genial! —salta y grita de alegría Koyam.

—¡Ah! No seas tan angustiada, Keipün. Déjalo ser, imagínate todo lo que vamos a hacer ahora —agrega el ratón.

Y así, los tres amigos emprenden juntos el viaje por el bosque, hasta que la noche los cubre con su manto y deciden descansar.





EL VIEJO ÁRBOL

Ajeno a lo que ocurre con Koyam y sus amigos, en la laguna, el árbol más antiguo del bosque, cabizbajo, recuerda aquellos años en que su entorno estaba más en armonía;

... Anclado a esta tierra, formando parte del suelo, del aire, de las aves, de la lluvia, de la nieve. Estoy envejeciendo, con esta enfermedad que me carcome y mata día a día. Siento que el tiempo poco a poco se contrae y dilata. Extraño los días en que mis hermanos, hijos y amigos se esparcían libremente por estos bosques. Las frías mañanas cargadas de niebla y de ruidosos trinados de los pájaros que adornan los amaneceres en el lago, hasta el contorno de los peces sobre la superficie se suman a las ondulaciones de innumerables olas. Moscas asquerosas, surcando el aire, posándose en mis preciadas hojas, me molestan, quiero exterminarlas, es difícil, son astutas, rápidas, se burlan. Pasan ratos de plena paz, ratos de furia en que quisiera largarme. Quiero decir muchas cosas, cosas que me pasan, cosas que siento. ¿Existirá algún contacto entre estos dos mundos, tan solo en algún instante durante el día? Soy un viejo en decadencia, de vida contada hasta la última de mis hojas y mis raíces. Mi vida privada en este ambiente hostil. Siento deseos de llorar, irme lejos y estar solo, muy solo. Todo está en mí contra, no es fácil mantenerse en pie sabiendo que ya estoy muerto. Quisiera largarme, pero no puedo. Mi piel se ve lentamente arrancada con el paso de los segundos, minutos, horas, los días. Siento algo de recelo, quisiera tener amigos, alguien que me hable, que me entienda, que me abrace. Ojalá pudiera ser un niño y no un adulto. Dicen que estos seres son mágicos, inteligentes, de alma y corazón puro, pero cuando crecen se vuelven soberbios, raros, ajenos al mundo que los vio nacer, ajenos al mundo que los acogió en sus juegos diarios. Los hombres adultos han sido los responsables de todo lo que está ocurriendo a mi alrededor, por ellos el bosque está desapareciendo, se están marchando las aves, los bichos, el agua lentamente desaparece, la tierra, mi suelo, mi hogar. ¿Qué puedo hacer? Ni siquiera puedo moverme de este claustro que me tiene destinado a padecer todos los males de este mundo hostil” ...

—¿Anciano, anciano? —lo llama alguien entre los matorrales. —Ey, anciano, anciano! ¡Por acá, mira, acá estoy! ¿Me ves? —lo interpelan

nuevamente, mientras el anciano mira y mira desconcertado a su alrededor. Aquella vocecilla resuena cada vez más hondo en sus oídos, por sus hojas, por su piel.

—¿Dónde estás, vocecilla? Déjame verte. ¿Quién eres? ¿Quéquieres de mí?

—Te he estado observando todos estos años. He visto tus lamentos, tu rabia, tu angustia y desesperación —le responde la vocecilla entre los matorrales.

—¿Quién eres? Por favor, deja mirarte, quiero saber con quién hablo —le dice el anciano.

—Antes que puedas verme, quiero saber qué le dirías a tu entorno si en este instante estuvieras a punto de morir —indicó la vocecilla.

—¿Qué? ¿Por qué? —preguntó el anciano.

—Solo dímelo —exigió la vocecilla, a lo que el anciano asintió.

—Está bien:

“A mi suelo, a mi agua, a mi aire, a mis bichos, a mis aves, a mis amigos:

Todos estos años aferrándome a una vida prestada ¿De qué ha valido? Ya no podré acompañarlos, mis horas están contadas, la muerte ronda. Apestoso olor a muerte, repugnantes ideas que solo los hombres son capaces de engendrar en su más oscura conciencia. Sentirse supremos, queriendo aplastar todo lo que los rodea, su conveniencia y bienestar es más importante. Pequeña, lastimosa y triste vida humana. ¡No quiero ser como ellos! ¡No podré ser como ellos!”

—¿Por qué tanta rabia, desesperación y dolor en esas palabras? —preguntó la vocecilla.

—Es una triste historia, de la cual no quisiera acordarme —explicó con pesar el árbol.

—¡Cuéntamelo, quiero saber qué pasó! Vamos, cuéntamelo —insistió la vocecilla.

—Hace muchos años hice un amigo en este bosque. Un niño de corazón puro, sin maldad alguna. Él pasaba largas horas conversando y jugando cerca de la laguna. Pero creció y ya no apareció más. Jamás vino a despedirse. Luego me contaron mis hermanos que se volvió extraño. Tengo la esperanza de que algún día regrese, que vuelva a hablarme, que me cuente por qué se marchó repentinamente, por qué cambió. Solo tengo esto de él —le contó muy triste el anciano, mientras muestra una tela bordada de color rojo amarrada a una de sus tantas ramas.

—Comprendo tu pena, tu dolor —afirmó la vocecilla, hasta que el anciano árbol ya no la escuchó más.

Cabizbajo y pensativo, el anciano se preguntaba quién era la vocecilla que interrumpió sus reflexiones e ideas que trataba de entender. ¿Y si fue una broma? Pero quién iba a jugarle una broma como esa. Hacía tiempo que no entablaba amistad con nadie a su alrededor. Se había vuelto egoísta y taciturno después de la repentina desaparición de su amigo. De pronto comenzó a recordar una canción que el niño le cantaba:

... Volveré, volveré, me espera la noche vestida de azul.

Y hasta el arroyito que baja del cerro, traerá recuerdos de mi juventud.

Volveré, volveré, donde está mi madre esperándome.

De nuevo en sus brazos volveré a ser niño, vivir como solo se vive una vez.

Azar de blancos jazmines, que adornan el patio del viejo jardín.

Un beso de luna me espera en los valles, mi rancho, mi madre, todo mi sentir...

... Volveré, volveré, por ese camino que ayer me alejó.

Al rumbo del ave que vuelve a su nido, buscando un alivio para su dolor...

Luego comenzó a llorar, a llorar de tristeza, como solo saben los árboles. Y el viento lo acompañó en su llanto, esa noche, meciendo sus hojas, sus ramas.



A black and white photograph capturing a close-up view of a large, weathered log lying on the forest floor. The log's surface is marked by deep, irregular grooves and a dark, textured bark. Several translucent, white mushrooms with delicate, branching structures are scattered across the log and the surrounding ground. In the lower-left foreground, a clump of dark, fuzzy moss grows from a nearby root system. The background is filled with out-of-focus greenery and foliage, creating a sense of depth and a natural, woodland setting.

EL SUELO Y EL
AGUA

Cerca del viejo árbol, el agua y el suelo discuten:

—¿Qué haces? ¿Por qué te marchas? Mírame, mírame, esto no puede estar pasando, hablaré con ellos, les diré que no quiero que me desnuden nunca más. Estaremos juntos otra vez, como en aquellas largas tardes junto al viejo árbol en la laguna, riéndonos, mirándonos, viajando por profundidades y horizontes desconocidos. No llores, lo arreglaré, no quiero que te vuelvas a marchar, no soy el mismo estando solo. Las ideas se me esfuman y me entristezco. No te vayas, espérame, por favor, amiga —afirmaba afligido el suelo, al ver que su más preciada amiga lentamente se marchaba.

—Estás loco, déjame ir y no te preocupes, que pronto volveré —responde malhumorada el agua a las insistencias de su amigo.

A ambos los une una fuerza que no es fácil comprender. Pasan días en que quisieran separarse para siempre, pero no pueden. Una ranita llamada Püfkiawn¹ observa sus discusiones a diario y decide intervenir diciéndoles:

—Amigos, no pueden marcharse. La piel se me pone de gallina con solo pensar en ello. A veces los veo. ¡Cómo no podría verlos! Me encojo de hombros, los miro, se enredan en explicaciones que a veces no tienen sentido, son raras. Quisiera comprender sus confusas imaginaciones, sus pensamientos, su dolor, y quisiera formar parte de ellos y comprender, desenredar sus imaginaciones que van tomando forma, como la nieve lo hace con todo lo que no es agua. Culparlos de algo incomprensible no sería justo. Basta con conocerme un poco para entender que ustedes son esenciales para todos los seres de este hábitat, para el viejo árbol y para mí.

—Si tú supieras, Püfkiawn, todo lo que está ocurriendo, quizás desearias marcharte y no volver —respondió el agua, mientras el suelo la miraba con mucho pesar.



1 Püfkiawn: Andar a saltos, en lengua Mapudungun.



EL PELUSA

—¡Pelusa, Pelusa! ¡Pelusa, Pelusa! —llamaba y llamaba Cristian a su perro.

—¿Mamá, viste al Pelusa? ¿Se fue con el papá? —preguntó Yoni.

—Hijo, no he visto a ese perro. Debe estar con tu hermano —respondió Cecilia.

—Mi hermano también lo está buscando —explicó Yoni, con preocupación a la repentina desaparición del Pelusa.

El Pelusa se esfumó, había desaparecido. Es raro, él nunca se ausentaba. Siempre estaba esperando a sus amigos para acompañarlos en sus juguetes diarios en la laguna, en el bosque.

—¡El Pelusa no está! Mi mamá dice que el papá no se lo llevó —confirmó Yoni a Cristian.

Inquietos, ambos estuvieron largo rato esperando y llamando al Pelusa, pero no apareció, se lo había tragado la tierra. Comenzaron a imaginarse cosas, algo pudo ocurrirle, puede estar herido o habrá decidido marcharse. ¡No, no! Esto es imposible, el Pelusa no podría vivir sin sus amigos, sin sus hermanos. Se preguntaban e imaginaban cosas en sus mentes, todas podrían ser ciertas o quizás ninguna.

—¡Ey, vamos! —dijo Cristian, mientras Yoni cabizbajo se levantó lentamente del suelo y respondió:

—Está bien. Ojalá no le haya pasado nada. Vámonos.

Se despidieron de su madre, quien lavaba ropa en una tinaja de madera.

Ella observó sus caras de tristeza y ojos llorosos, besó sus frentes, acarició sus suaves manos, sus cabellos, y les dijo:

—Mis niños, no se preocupen por ese perro. Él debe andar por ahí, corriendo alguna liebre. ¡Cristian! Cuida a tu hermanito y no se demoren mucho.

—¡Chao, mamá, te queremos mucho! —respondieron ambos a las caricias y palabras de Cecilia.





EL CACHORRO Y
SU MADRE

—¡Hijo, aquí ya no hay suficiente comida! ¿Te acuerdas de aquel valle?
—pregunta mamá.

—¡Sí! Ahora me acuerdo —respondí.
—Será una larga caminata! —afirma ella.

Como cachorro de león, todo me llama la atención, cada piedra, el pasto, los árboles que crecen a un ritmo lento, los insectos, las aves. Los huemules, nuestra principal fuente de alimento, ya casi no existen, abundan aves, liebres, más al sur guanacos, también ovejas, vacunos y caballos.

Avanzamos por lengantos y ñirantales llenos de quebradas y de arroyos. Las nevadas se han comenzado a sentir en las partes más altas de los cerros. En los bajos, los árboles caen, es un territorio peligroso. Tras días de caminata por la espesa nieve, llegamos a un sector donde se divisa una laguna. Mamá prefiere mantenerse alejada de lugares poco seguros, las huellas sobre el suelo blanco nos delatarían fácilmente. Sin embargo, decidimos bajar.

—¡Mamá, hay presas! —avisé.
—Tengamos mucha cautela! Volveremos entrada la tarde —me respondió.

Atacamos el rebaño, mamá hacía lo suyo con gran destreza y experiencia. Luego de saciar nuestra hambre, nos retiramos a la montaña.

Al día siguiente, mientras descansábamos bajo unos ñires achaparrados, sentimos fuertes gritos. Pronto nos alcanzaron. Atacaron a mi madre, quien se defendía ferozmente para no ser mordida por los perros. Yo escapé, y al pasar las horas, ella no aparecía. Estaba muerta, cazada a

sangre fría. Al segundo día me dirigí con recelo al lugar, solo había huellas y mucha sangre junto a los árboles.

Triste y acongojado, me mantuve por días en aquel sitio, solo quería estar con mi madre.

¿Qué hemos hecho para merecer este destino? ¿Y en nuestra propia tierra?





LAS HUELLAS DE
PUMA Y LA CORTA
DE ÁRBOLES

—¡Tío Juan! Estas huellas están frescas. ¡Vamos, vamos! ¡Rápido! Se nos escapan.

—¡Uch, uch! ¡Vamos, perros! ¡Animales de mierda! Les vamos a enseñar a matar ovejas. ¡Pedro, ten cuidado con la quebrada! —advirtió su tío Juan.

—¡Vamos, vamos, tío! Los perros ya la tienen acorralada en esos árboles. ¡Uch, uch! ¡Vamos, perros!

La madre puma, al verse acorralada, comenzó a dar fuertes rugidos de furia y desesperación. Miraba desconsolada a su alrededor para ver si habían dado alcance a su cachorro. Es ese instante sintió un fuerte estampido y cayó mal herida, los perros se abalanzaron sobre ella. Hizo todo lo posible para mantenerse en pie, se defendía muy feroz con la poca fuerza que le quedaba, hasta que ya no pudo más y su vida violentamente se esfumó.

Luego de haber dado muerte al puma, ambos decidieron que no era necesario seguir al cachorro, pues debían continuar con la tarea pendiente de cortar árboles para el próximo invierno y que, según los pronósticos que manejaban, este iba a ser muy malo, había que tomar todas las precauciones. En sus recorridos previos por el bosque, Pedro encontró un lugar con abundantes y grandes árboles para varias temporadas de corta. Después de comer y de una breve plática, ambos retomaron su camino. Aseguraron su trofeo de caza en uno de los caballos de tiro. Los eufóricos perros aún se lamían la sangre de sus heridas.

A media tarde, ambos hombres llegaron al lugar de corta. Dejaron sus caballos al cuidado de los perros. Primero marcaron los árboles y luego comenzaron a taladrarlos. Los fuertes ruidos provocados por la caída de estos, podían ser oídos a gran distancia. Las aves y otros mamíferos más

pequeños no sabían lo que estaba ocurriendo, ¿por qué sus casas y fuente de alimento abruptamente estaban siendo cortados?

—¡Pájaros de mierda! Si nos preocupamos por cada uno de ellos, no podríamos cortar estos árboles. ¡Busquen otro lugar donde hacer sus nidos! —respondió ofuscado su tío.

—Deje de regañar y terminemos rápido —agregó Pedro.

*...Por los cerros de las cañas iba cantando un paisano,
despacio y cuesta arriba y en dirección del pantano...*

*...Cuando dio con el carril divisó una lucecita,
está de fiesta el boliche que llaman la serranita...*

*...Tengo esperanzas atadas con la lonja palenquera,
y sentir una guitarra tocando una chacarera...*

—Qué buena canción, hacía tiempo que no la escuchaba sobrino —dijo el tío sonriente.

—Sí, es verdad, la había olvidado, tío —respondió Pedro.

Al terminar, ambos se despidieron con un fuerte abrazo, tomaron sus caballos, aseguraron la montura, y cada uno retornó hacia su hogar. Pedro decidió no llevarse a casa el cuerpo del puma.



A black and white photograph capturing a dense forest scene. In the foreground, several tall, slender trees stand vertically, their trunks dark and textured. Some branches are bare, while others bear sparse, needle-like leaves. On the forest floor, a fallen log lies horizontally, surrounded by low-lying shrubs and small plants. The background is filled with more trees, creating a sense of depth and a canopy overhead.

LA DISCUSIÓN

En la zona contigua del bosque, donde los árboles están siendo lentamente talados, está produciéndose una acalorada discusión entre un árbol adulto y los más jóvenes.

— ¡Orden! Estos hombres que llegan cada día a cortarnos, no deben ser tratados como unos perversos taladores. Ya pasaron aquellos años, cuando nuestros hermanos eran quemados y vilmente cortados. He visto más que ustedes, sé cómo nos han tratado.

— ¡Es mentira, mentira! ¡Solo les gusta extraer lo que más puedan del bosque! —recalcó uno de los jóvenes.

— Muchos de ustedes han nacido para entregar su madera al hombre, otros para servir como semilleros y perpetuar nuestra especie, otros como fuente de cobijo y alimento para la fauna, otros para proteger las aguas y mantenerlas limpias, purificar el aire y cuidar el suelo —afirmó con voz fuerte el más viejo.

— ¿Y por qué deberíamos ver a estos seres diferentes a los otros? ¿Por qué? —preguntaron varios de los jóvenes.

— Sus errores les han enseñado. Me lo han dicho mis hermanos más viejos, desde otros sectores en los cuales estos han estado —insiste el viejo.

— ¡Eso no es cierto! ¡Es cosa que mires a nuestro alrededor! ¿Cómo puedes creer todavía, después de lo que tú mismo has visto durante tu larga vida? —lo increparon los jóvenes.

— Hermanos, quiero creer que todo esto que nos está sucediendo en algún minuto va a cambiar. Entiendo sus inquietudes, sus miedos, su rabia guardada por años. Debemos tener esperanza, vean y aprendan de nuestro hermano que está al otro extremo de este bosque, allí en la laguna. Él ha visto y sufrido mucho, en sus siglos de vida en este mundo hostil, como ustedes lo llaman. Debemos tener esperanza de que todo lo malo que le está ocurriendo a nuestro hogar pronto cambiará.





LA FAMILIA DE
CARPINTEROS

— ¡Cuidado hijo, hay muchos árboles grandes por aquí! —advirtió la madre.

— ¡Miren este paisaje, es un privilegio! ¿Qué opinan?

— ¡Sí, polluelo! Y también para otros organismos que viven en este bosque.

— ¿Qué organismos? —pregunta el polluelo.

— Los árboles, el huemul, el puma, el zorro, el gato montés, los roedores, insectos como las mariposas, las moscas, hormigas y muchos otros —explicó la madre.

— ¡Entiendo, mamá! —responde el joven carpintero.

Mientras el polluelo se divierte, los padres extraen su alimento perforando la corteza y el tallo de los árboles hasta descubrir las larvas que viven en su interior.

— Regresemos, es tarde —recalca el padre.

En el interior de un viejo árbol de lenga, el joven se acurruca junto a sus padres:

— ¡Hijo! Mañana aprenderás a buscar tus primeros gusanos.

— ¿Cómo? —pregunta el polluelo.

— ¡Ya verás! —reiteran ambos padres.

Al día siguiente;

— ¡Espérenme! —dice el joven carpintero.

— ¡Vuela más rápido! Ese árbol servirá, tiene bastantes ramas y parte de su tronco está seco y con pudrición. Cuando aprendas a sacar tu alimento te enseñaremos cómo seleccionar el árbol —responden ambos padres.

El polluelo comienza a dar golpes por todos lados, se queda escuchando y vuelve a picotear. Sabe que esto es lo correcto para sentir los movimientos de las larvas al interior de la madera.

— ¡Despacio, hijo, observa cómo lo hago yo! —indica su madre.

Ella comienza a dar golpes pausados, golpea y perfora la madera por varios minutos, hasta que siente la larva al triturar la madera en su avance por el interior del tronco. Picotea con más fuerza, hasta que llega a ella. Tras varios intentos fallidos, la larva se adhiere a su pegajosa lengua, es grande y gorda, instintivamente se la cede.

— ¿Cómo elijo un árbol? Hay muchos

— ¡La larva primero! —habla su padre.

El polluelo comienza a dar golpes pausados, mueve su cabeza siempre apoyada a la corteza, hasta que escucha el ruido de la larva. Al sacarla, esta es más pequeña.

— ¡Hace falta fuerza para perforar la madera! ¡Ahora viene lo más complicado!

— ¡Esperen! ¿Escuchan esos ruidos?

— ¿Qué ruidos? Deben ser otros carpinteros —supusieron ambos padres, sin dar mayor importancia a lo que su hijo estaba oyendo y siguieron recorriendo el bosque.

— ¡Escucha hijo! —dijo el padre—. Los árboles que contienen nuestro alimento son elegidos por algunos insectos, quienes colocan sus huevos en la madera. Al cabo de un tiempo, las pequeñas larvas que salieron del interior de los huevos se van desarrollando hasta alcanzar un tamaño en que podemos encontrarlas fácilmente. Para que una larva llegue a estar grande y gorda deben pasar varios años. Muchas completan su

ciclo de vida al interior de la madera, para luego salir transformadas en alguna mariposa nocturna o en algunos coleópteros, quienes se aparean y nuevamente colocan sus huevos en un árbol. Es un ciclo en constante movimiento.

- ¿Cómo sabes tanto, papá? — preguntó el polluelo.
- Esto ha sido aprendido desde generaciones. Cuando ya estés mayor, harás lo mismo con tu propia familia.
- ¡Mamá! Ese árbol que está ahí puede servir.
- Hijo, fíjate en sus hojas y en su tronco, es difícil que tenga gusanos en su interior. Si algún bichito colocó sus huevos, lo sabremos en un par de años. Pero si tú quieres intentemos —respondió la madre al joven entusiasta.

Comenzaron a dar golpes, trabajaron duro para perforar la corteza y la madera hasta que descartaron la posibilidad de encontrar alguna larva en el interior. De pronto vuelven a escuchar los mismos ruidos, cada vez más fuertes. Luego, cae un enorme árbol en dirección hacia ellos, y en su camino el árbol embistió a otros.

- ¿Qué pasa? —se preguntan los carpinteros.
- ¿Están cayendo nuestros árboles? —señala el padre.
- ¿Papás, qué pasa? —les dice el polluelo.
- ¡Quédense aquí! ¡Y ahora qué? ¡Y si todos los árboles son derribados? —se preguntaba muy acongojado el padre carpintero.

Al rato:

- ¡Familia, preguntemos al búho! Quizás él sepa, vamos.

En la hondonada, muchas aves llegan para consultar;

- ¿Qué ocurre? —dice el búho.
- ¿Escuchaste los ruidos? —pregunta el carpintero.
- ¡No, ya estoy sordo! —responde el búho.
- Estábamos enseñando a nuestro hijo, cuando comenzaron a caer los árboles. Son seres con máquinas.
- Mm.... ya veo —comenta el búho.
- ¿Qué es lo que podemos hacer? —pregunta la madre carpintera.
- ¡Nada! No pueden hacer nada. Deberán trasladarse a otros lugares más alejados. No hay marcha atrás, no podemos hacer absolutamente nada.
- ¿Por qué no se van a otro bosque? —pregunta el joven carpintero.
- ¡Ya están instalados! Deberemos esperar un tiempo y luego cambiarnos a otro lugar —explican los padres.
- ¡Calma! Todo volverá a la normalidad —afirma el búho.
- ¡Familia, es tiempo de abandonar este sitio! Si no quedaremos flacos y hambrientos, apresurémonos —recalcó el padre.





EL VALLE

Eran muchos, de distintas partes, pero dueños de la misma tierra. Antiguamente recorrían con sus madres hasta los más recónditos lugares de la cordillera. Cada huemul lleva el nombre de donde nace. Así es esta raza, son nombrados según la tierra que los recibe. Cuando llegó su tiempo, aprendieron todo lo necesario para sobrevivir. Los más ancianos contaban la historia de una leyenda indígena sobre que el huemul era “*un animal que se había caído de la luna y afirmaban que era tan escaso, porque las hembras no tenían sino un hijo en toda su vida, y eso en un año en que hubiera dos eclipses, uno de sol y otro de luna*”. Ellos podrían explicar todas las cosas que están ocurriendo. Creen en los espíritus y se asustan con los muertos, como cualquier otra raza. Se han perdido los antiguos nombres que los ancianos dieron a cada parte de la tierra que los vio nacer. No hubo respeto, nadie preguntó.

- Es época de bajar al valle —afirmó Choén¹.
- Preferiría quedarme un poco más sobre estos terrenos más altos —añadió Kooroo².
- No comparto tu idea, prefiero bajar al valle. Este terreno ya me tiene aburrido. Bajemos, luego me cuentas esa historia —respondió Choén.

Temprano en la mañana y al atardecer es común ver a los ciervos en los bordes del bosque y en los pequeños claros del interior, mientras que al medio día se los encuentra con frecuencia en la espesura de los bosques. Temerosos por naturaleza, estos ciervos prefieren mantenerse lo más alejados de lugares peligrosos, sin embargo, en ocasiones pueden ser muy tranquilos y confiados. Pese a esta característica, Choén y Kooroo permanecen siempre cautos y evitando en lo posible meterse en problemas que comprometan sus propias vidas.

¹ Choén: Ciervo grande, en lengua Tsoneca (Tehuelches del norte).

² Kooroo: Cervatillo, ciervo joven, en lengua Tsoneca (Tehuelches del norte).

Luego de unos minutos de descanso, ambos amigos retomaron el camino hacia el valle. Las huellas por las cuales transitan año a año, han sido talladas por generaciones. Tras cruzar quebradas y fríos ríos, llegaron al mencionado lugar con abundantes pasturas y brotes tiernos.

— Choén, mis padres me contaron que hace mucho tiempo, en estas tierras, se desconocía por completo al hombre, ser con comportamientos extraños. Mi madre cuenta que en una oportunidad, mientras estaba recorriendo estos bosques en busca de alimento, se encontró con uno, un macho adulto ya desarrollado, que estaba sentado al pie de una roca grande. Ella se detuvo para observarlo, se quedó bastante quieta por un momento y lo miró, sin demostrar miedo en su expresión. Luego apareció mi padre de entre los matorrales, y este ser se puso de pie y muy despacio comenzó a caminar hacia ellos a paso firme. Luego extrajo algo, y sintieron un fuerte estampido. Mi madre del susto arrancó hacia la espesura del bosque, mientras mi padre cayó muerto —afirmó seriamente Kooroo, a lo que Choén respondió:

— Es una historia terrible la que me cuentas, Kooroo. Ya no podemos confiarnos de estos terrenos que antes eran más tranquilos. De todas maneras, ten en cuenta que no estamos exentos de otros depredadores, como el león o el zorro colorado, con los que compartimos este vasto territorio. Debemos tener precaución, Kooroo —aconsejó Choén.

Asombrados con el colorido, los árboles, el sonido del agua al rozar con las piedras, el olor de la madera muerta, la brisa de aire fresco y húmedo, característico del valle, ambos amigos siguieron avanzando.

- ¿Choén, dónde vamos? —preguntó Kooroo.
- Vamos a conocer al viejo árbol que está en la laguna —respondió Choén.

— Mi madre hablaba de él. Dicen que él es uno de los últimos ancianos sabios de esta tierra. Pero Choén, si nunca lo hemos visto y no sabemos el lugar exacto donde vive —comentó incrédulo Kooroo.

— No te preocupes, nuestro instinto nos guiará. El viejo árbol de la laguna, a él le pedían respuestas nuestros antepasados, y todos los que necesitan algún tipo de ayuda. Si miramos al cielo y sale un arcoíris, desde las alturas de la cordillera podemos observar a los ancianos, allí se van luego de que su tarea en este mundo ha terminado. Cuando hay tempestad, se les pide que venga la calma. A veces me pregunto, ¿cómo los antiguos sabían tanto? —respondió con mucha seguridad Choén.





EL CHUKAO

Tímido, pero bullicioso, se me distingue a leguas. Vivo en una raíz enorme, donde he pasado gran parte de los días de mi vida, sin mujer ni fortuna. Me he propuesto morir solo, en el mismo nido que me vio nacer. Mi casa es amplia y luminosa, con suaves plumas, restos de ramitas y hojas. Lo único ingrato del nido es que tiene una sola entrada. He sido un consentido en todo, con un padre siempre atento a mis peticiones, hasta que amaneció muerto y mi madre, desconsolada, se marchó. Nunca comprendí claramente lo que pasó. Sueño y soy feliz, sueño con algo verdadero y mágico.

— Tienes un futuro estupendo aquí en este bosque. Te conozco bien, eres un tipo capaz. Lo único que te falta es decidirte a compartir tu vida, tu espacio. Tenía intenciones de decírtelo hace bastante tiempo —dijo Rayen.

— Tengo miedo y además soy muy flojo —respondió Chukao.

— Quién dijo que eras flojo, si te pasas reparando tu nido. Entras y sales a cada rato. Si te demoras en tomar la decisión de vivir juntitos, vas a perder tu vida y no ganarás nada —añadió Rayen.

Ambos rieron, se miraron. Chukao se dio cuenta de que esto era lo mismo que trataba de decirle su madre antes de marcharse, desesperada porque su hijo decidiera hacer su propia vida.

— ¿Pero, cómo vamos a saber que nos queremos Rayen? —preguntó Chukao, comenzando a dudar.

— Mirarnos a los ojos es suficiente para que sepas que quiero estar contigo. Se me ocurre también que a ti te falta un toque de energía y vitalidad —explicó Rayen.

Se acercaron, su entorno los envolvió de inmediato, suavizando su vigilia al prestarle un aire cálido. Los arbustos y árboles mecían sus copas

junto a los arroyos cristalinos, el mismo viento dotaba de un hermoso vocabulario distinto para cada ser que observaba la escena. Una escena que daba origen a la unión de dos seres que buscaban estar juntos.

De pronto, Rayen tuvo una idea. Irían a visitar al viejo árbol de la laguna, para contarle lo sucedido. Se acercaron a la orilla de la gran raíz y caminaron. Una sonrisa rozó sus contornos de ojos claros, mientras la melodía, leve y corta, se repetía y repetía. Sin poder contenerse, ambos rompieron en risas, risas y más risas.

— ¡Llegó la hora de partir, vamos, Chukao! —exclamó Rayen.

— No tengo ganas —respondió Chukao.

— Anda, tonto —insistió Rayen.

— Rayen, cierta tarde me di cuenta de tu existencia, me invadió una sensación de nerviosismo y me preguntaba ¿qué hago?, mientras seguía observándote. Conocía la sensación y me agradaba, traté de indagar dentro de mí, si alguna vez había sentido algo similar y volvía a mirarte. Pasaban días en que no quería verte. Pienso que tú compartías la misma soledad, que por las noches no nos dejaba dormir. Ya no quiero estar solo. ¿Quién hubiera creído que esta era la causa de mi autismo? Soy tan niño para estas cosas, tan despabilado, que me costaba asumir la realidad y decirte... —confesó Chukao, mientras Rayen se quedó parada sin decir nada.

— ¡Ah! Anda, tonto. ¡Vamos, vamos! No me vengas con tus tonturas, no me vengas con historias. No creo que solo quieras pasarla bien, no hacer nada, dormir y descansar —respondió Rayen.





LAS TRAVESURAS
DEL ZORRO

De una camada de seis cachorros, Lliwafe¹ es el más intrépido y desordenado. Sus padres siempre lo retan, y sus hermanos lo rechazan a tal punto de dejarlo solo en sus juegos. Los padres pasan gran parte del día fuera de la madriguera en busca de liebres, ratones y pajaritos, presas que forman parte de su alimento diario. Los cachorros quedan a merced de salir y perderse fácilmente en los alrededores.

A sus cortos meses de edad, Lliwafe ya se las arregla para salir solo a hacer de las suyas. Un día, mientras camina por el bosque cerca de su guarida, siente ruidos extraños y fuertes. Su cautela lo lleva a quedarse agazapado entre los matorrales para no ser visto por la extraña silueta que comenzaba a acercarse cada vez más. Sin hacer ni el más breve movimiento observó y observó, hasta que por fin pudo ver de quién se trataba. Era un joven cachorro de puma, de la misma edad que él, sin embargo, era mucho más grande. Quiso saltar, pero se acordó de que los pumas también comen zorros cuando pueden cazarlos, eso le habían dicho sus padres. Lo invadió un fuerte temor a ser descubierto, cazado y convertido en alimento de este foráneo.

— ¡Te vi, sal de ahí! No tengo intenciones de hacerte parte de mi comida, tengo otras preocupaciones en este instante. ¡Sal! ¿Cómo te llamas? ¿Tienes algún nombre? ¿Vives aquí? —dijo el puma.

— Me llamo Lliwafe. ¡Por favor, no me vayas a hacer daño! ¡Por favor! —imploró el zorro.

— ¡Relájate, relájate! No te voy a hacer daño. Estás tiritando, Lliwafe —lo tranquilizó el puma—. Me llamo Newen². Vengo desde lo alto de la cordillera. Fui perseguido por unos seres que mataron a mi madre. Fue un milagro que me haya salvado de esa vil cacería, ¿Qué hemos hecho para merecer este destino que nos tiene condenados en vida?

¹ Lliwafe: Sagaz, en lengua Mapudungun.

² Newen: Fuerza, en lengua Mapudungun.

— ¿Por qué dices eso, Newen? ¿Vas a desaparecer?
 — Todos, todos vamos a desaparecer. Incluso los de tu raza.
 — ¿Hacia dónde vas? ¿Te puedo acompañar? ¿Puedo ir? —preguntó Lliwafe.
 — Estoy buscando un lugar para descansar y beber, estoy exhausto —respondió Newen.
 — Yo sé de un lugar al cual podríamos ir. Es una laguna que está detrás del valle. Si quieras te puedo llevar allá, pero con una condición —comentó Lliwafe.
 — ¿Cuál? —quiso saber Newen.
 — ¡Que no vaya a ser parte de tu comida! —rogó el zorro.
 — Ya te dije, amigo, que no tengo intenciones de que formes parte de mi comida. Además, no creo que tengas buen sabor. Si quieras podemos cazar alguna presa entre ambos y compartirla. ¿Qué te parece? —propuso Newen.
 — ¡Toma! Aquí tengo parte de un gato, ¿lo quieres? Yo comí suficiente, y por tu aspecto, no has comido hace días —le ofreció el zorro.
 — No, gracias, Lliwafe.

Ambos se dirigieron al valle que Lliwafe había descrito en detallade. En su camino se fueron encontrando con quebradas, arroyos y densos mallines. También con extensas áreas de bosques quemados, que forman parte del paisaje característico de los bosques del sur de la Patagonia.

— Lliwafe, ¿sabes lo que ha pasado aquí? ¿Por qué tantos árboles caídos?
 — No lo sé, Newen. Oí decir a mis padres, que esto ocurrió hace muchos años atrás. Sus padres debieron buscar otros lugares para vivir. Eso es todo lo que puedo contarte.

Era cierto, hace muchos años atrás había ocurrido una verdadera catástrofe inimaginable que afectó a cuanto ser vivía en el bosque.

- ¡Newen! Ahí va una presa. ¡Vamos, vamos! ¡Apúrate!
- ¡Lliwafe, déjamela! Tú ándate por esa huella y le sales al cruce. Ya verás, de esta no te escapas, pajarraco.

Las presas que ambos comenzaron a dar caza se trataban de Keipün y Bola de pelos. Mientras Koyam espera observando y listo para caerles encima. Asustados por la situación de peligro, ambos se quedaron paralizados, mientras Newen y Lliwafe avanzaban cautelosamente para darles muerte. En ese instante Koyam se abalanzó sobre ellos dando fuertes gritos y los azota con sus largos brazos. Newen y Lliwafe no sabían lo que estaba ocurriendo y salieron corriendo despavoridos hacia unos matorrales. Koyam pidió a sus amigos que se subieran a sus ramas por seguridad, ya que estos depredadores se comen a cuanto ser vivo cazan. Un par de pelos y hojas quedaron como muestra de la batalla dada. Luego decidieron continuar rápidamente, pues si estos depredadores hubieran sido más expertos, otra historia hubiera ocurrido con Keipün y Bola de pelos.

Mientras tanto, Newen y Lliwafe se sobaban de dolor por los golpes recibidos, debajo de unos densos matorrales en el bosque.

- Lliwafe, ¿estás bien? ¿Qué fue eso? —preguntó el puma.
- No lo sé, Newen, pero me duele mucho el cuerpo —respondió el zorro.
- Es mejor que sigamos camino hacia la laguna. Vamos, antes que aparezca nuevamente ese extraño ser y nos de otra zurra más fiera. Vamos, vamos, Lliwafe —afirmó Newen.

Y así, mientras aún se lamentaban de la paliza recibida, Newen y Lliwafe retomaron su camino hacia la laguna, siempre mirando a su alrededor con desconfianza y miedo por aquel extraño.





EL INESPERADO
ENCUENTRO EN LA
LAGUNA

Koyam y sus amigos, siguieron avanzando por el bosque. Durante el camino Keipün y Bola de pelos contaban la desesperación que sintieron al verse acorralados y como los recuerdos de aventuras se esfumaban ante la muerte a manos de esas criaturas. Koyam, les daba ánimo para que olvidaran lo ocurrido, nada ni nadie les haría daño mientras él estuviera a su lado.

- Koyam, nuestro mejor amigo, ¿Qué hubiéramos hecho si no estás ahí para defendernos? Seríamos solo un montón de plumas y pelos regurgitados – recalcó angustiado Bola de pelos.
- ¡Si, sí! Esta rata tiene razón – afirmó Keipün.
- ¡Ya, ya! Dejen de acordarse de lo que pasó, o se bajan – les dijo Koyam.

Mientras tanto, en otra zona del bosque, Cristian y Joni se habían reencontrado felizmente con el Pelusa. La alegría de los niños al encontrar a su amigo y hermano era tal, que no cabía tristeza alguna que manchara aquel confortable momento. La tarde se dejó caer repentinamente y decidieron regresar antes que Pedro llegara. Camino a casa ambos niños fueron entonando una dulce y triste melodía que su padre les enseñó.

...Volveré, volveré, me espera la noche vestida de azul.

Y hasta el arroyito que baja del cerro, traerá recuerdos de mi juventud...

...Volveré, volveré, donde esta mi madre esperándome.

De nuevo en sus brazos volveré a ser niño, vivir como solo se vive una vez...

...Azar de blancos jazmínes, que adornan el patio del viejo jardín.

Un beso de luna me espera en los valles, mi rancho, mi madre, todo mi sentir...

...Volveré, volveré, por ese camino que ayer me alejó...

El viento lentamente comenzó a pasear la melodiosa canción por todo bosque, por las frondosas copas de los árboles, por sus troncos, por los

arroyos, por las piedras, por el pasto, por el suelo, por la laguna, por los cerros, por la nieve. El viejo árbol comenzó a sentir ésta melodía que surgía desde algún lugar del bosque y se dio cuenta que aquella pertenecía a su amigo, que repentinamente se marchó de su lado en algún momento del tiempo. Esperanzas rotas por los años, es imposible que ese niño convertido ya en un hombre, regrese a buscar aquella prenda que con tanto afecto guarda y cuida.

Al siguiente día, Koyam y sus amigos, Lliwafe y Newen, siguieron rumbo a la laguna. Por otro lado, los niños se levantaron temprano, tomaron su desayuno como de costumbre y nuevamente se dirigieron a sus aventuras diarias por el bosque, con la idea esta vez, de irse directo hacia la laguna a ver el árbol embrujado del cual tanto les había hablado su padre. Ellos han visitado varias veces la laguna, sin embargo, nunca se atrevieron a acercarse a la zona donde está ese misterioso ser.

Los primeros en llegar fueron Koyam, Keipün y Bola de pelos. Sin percatarse de nada, repentinamente aparecen Newen y Lliwafe. El asombro y confusión se apoderó de todos en ese instante. Los niños que estaban a pasos de llegar, sintieron ruidos extraños y el Pelusa salió dando fuertes ladridos, Cristian y Yoni corrieron de tras de él para percatarse de lo que estaba sucediendo. Su asombro y susto fue grande al ver a todos esos seres reunidos ahí.

- ¡Cristian, vámmonos de aquí! – le decía Yoni a su hermano, mientras el Pelusa ladraba enfurecido.

- Quédate a mi lado hermanito – recalcó Cristian, mientras agarraba y apretaba temerosamente la mano de su hermano.

- ¡Ese árbol se está moviendo hermano! ¡Ves que tenía razón! – recalcó nuevamente Yoni.

Bola de pelos y Keipün se aferraron fuertemente a Koyam. Mientras Lliwafe se apego a Newen para no ser mordido por el Pelusa. El alboroto era tal, que nadie se percató que estaban justo al lado del viejo árbol. Repentinamente y ayudado por el viento el anciano comenzó a sacudir sus enormes ramas, esto lleno de miedo a los niños quienes dieron un fuerte grito de susto.

- ¡Cállense, cállense! ¿Qué está pasando aquí? ¿Por qué tanto alboroto? – dijo con voz fuerte el viejo árbol.

Pelusa bruscamente dejó de ladear y asustado se quedó junto a los niños. El viejo árbol se quedó contemplándolos por un buen rato. Sus caras le eran familiares, pero no podía recordar a quien podrían parecerse. Luego observó a los dos cachorros y a Koyam.

- ¿Quiénes son y cómo se llaman? – preguntó el anciano.
- Soy Koyam, y te ruego que no les vayas hacer daños a mis amigos – respondió el joven árbol.
- ¿Y ustedes dos, cómo se llaman?
- Me llamo Newen y yo me llamo Lliwafe – respondieron ambos.

Comenzó a contarles a los asustados, que por ser el más alto y grueso, él era el más viejo de todo el bosque. Sin duda era el primero de los árboles y sentía orgullo por sus siglos de vida. Le habló de otras formas que hace mucho tuvo la laguna. Sintió temblar la tierra muchas veces y que los cerros colindantes hablaban antiguamente en un idioma de fuego, hoy apagado. Vio partir y llegar a más de una raza de seres. Dio refugio a los hombres que pasaban. Llovió el silencio sobre sus años, caminó solo detrás del tiempo por el espacio, quizás el aire con el tiempo notó el perfume de los agravios, ¿Quién podría hablarle a él de otras edades? Entonces, misteriosamente se sintió una brisa suave y fresca, era el viento, quien comenzó hablar en el mismo idioma de aquel árbol, y dijo:

- Si es verdad todo lo que has dicho, como tú puedes hablarme de la vida, pues serás el más antiguo de este bosque, pero olvidas que yo traje tu semilla.

- Perdón hermano viento – respondió el árbol, dándose cuenta de la imprudencia que había cometido.

El susto mantuvo a los niños junto a su perro, mientras tanto el puma y el zorro intentaron moverse para escapar, pero no pudieron. Sus cuerpos estaban inmóviles por alguna razón que ellos no lograban entender. A Koyam lo invadió una tranquilidad, muy pocas veces sentida, y les aseguró a sus amigos que estuviesen tranquilos porque nada malo les pasaría.





LA MUERTE DEL
VIEJO ÁRBOL

Con el pasar de las horas, Pedro intuyó que algo podría estar pasando con los niños. Decidió ir a buscarlos, sin antes llamarlos por varias veces en las cercanías. Cecilia, le aconsejó que fuera a verlos a la laguna, lo más probable es que ellos estuvieran allí. Al cabo de unos minutos Pedro decidió llamar a sus hijos nuevamente. Ambos niños oyeron la voz de su padre que iba acercándose cada vez más. Querían responderle, pero el susto y la impresión de lo que estaban viviendo no los dejaba.

El viejo árbol, oyó nuevamente la voz de aquel hombre que lentamente comenzó a llevarlo a sus recuerdos perdidos. Miro a los niños y les pregunto:

- ¡Díganme quién es él! ¡Díganme!
- El es nuestro padre – respondió Yoni, mientras Cristian lo instaba a que no hablarla.
- No se preocupen, él no les va hacer daño – les dijo Koyam al conmoverse con la valentía que expresaban ambos niños.
- Quiero mostrarle algo ¡Acérquense! Es una prenda que hace muchos años atrás alguien con la misma contextura que ustedes me regalo. Éramos amigos, pero un día él decidió marcharse para no volver y aún sigo esperándolo.

Ambos niños vieron la prenda que el árbol conservaba atada en una de sus viejas ramas. Era una especie de chaleco de colores vistosos que por alguna razón se conservaba intacto como si estuviera recién hecho. Cristian se acordó de haber visto algo similar en una foto familiar. Si, si en una foto que su abuelo les había dejado, antes de morir. El árbol intuyó los gestos de los niños al ver la prenda, les era familiar, de eso estaba seguro. Quizás es de aquel hombre con esa voz ronca que hace unos instantes escuchó. En una decisión de mucha valentía Yoni, se soltó de la mano a su hermano y se acerco al árbol diciéndole:

- Esa prenda es de mi abuelo, pero él murió hace muchos años.
¡Dámela, dámela!

El árbol al escuchar esto, se negó a creerlo. No podía creer que aquel niño convertido en hombre estuviera muerto. Un profundo silencio se apoderó nuevamente del lugar y todos comenzaron a ver llorar al anciano. Sus hojas comenzaron a perder el verdor, volviéndose de un color más oscuro y a caer lentamente mientras lloraba.

- Koyam al verlo, se acerco y le dijo que no estuviera triste. Que los árboles están destinados a ver morir a sus amigos. Deben ser capaces de enfrentar y anteponerse a esa triste realidad, como tantas otras. Luego se acercó a los niños y les pidió que se fueran, sin antes hacerles prometer que regresaría en los días siguientes.

Ambos niños, miraron por última vez al anciano árbol, y salieron corriendo juntos al Pelusa. Newen y Lliwafe hicieron lo mismo a la primera oportunidad que tuvieron. Bola de pelos y Keipün se quedaron acompañando a su amigo Koyam quien seguía al lado de aquel árbol.

- No estés triste. Yo me quedaré junto a mis amigos para hacerte compañía.

Y así, Koyam, Bola de pelos y Keipün, juntos al viento, acompañaron al árbol en su tristeza, en su llanto, hasta que su vida lentamente de fue apagando con cada caída de sus hojas, hasta que ya no quedó ninguna y la vida se esfumó silenciosamente de aquél ser. Luego de la muerte del anciano, Koyam anclando sus firmes y jóvenes raíces al suelo, decidió quedarse por aquella noche.



A black and white photograph capturing a serene landscape. In the foreground, a small, rustic wooden cabin with a dark, weathered roof sits nestled in a clearing. The cabin has a single visible door and a small window. It is surrounded by dense, dark foliage and shrubs. To the left, a cluster of tall, thin trees, possibly cypresses, stands prominently against a bright sky. In the background, a majestic mountain range stretches across the horizon, its peaks heavily covered in snow. The overall atmosphere is one of tranquility and natural beauty.

REGRESO A CASA

— ¿Dónde estaban? —preguntó Pedro.

— Aquí cerquita, papá. Escuchamos tus gritos. ¿Qué pasó? —respondieron ambos, mientras Yoni se contenía de contar lo que habían vivido.

— Vamos, pa' la casa. Su madre está muy preocupada. No hay caso con ustedes, les damos permiso hasta una hora y no la respetan para nada. Así reclaman cuando los castigamos —los reprendió Pedro con cierto enojo en su mirada—. ¿De dónde sacaron esa prenda? —preguntó con asombro.

— La encontramos atada a una rama del árbol, cerca de la laguna —contestó Cristian.

Ambos niños se miraron por un breve instante, sabiendo que no podían contar lo vivido. ¿Quién iba a creerles semejante historia? ¡Cómo era posible que un árbol pudiera hablar, caminar, esto solo sucede en los libros de fantasía, solo en las imaginaciones, nada más! Pero ellos lo habían vivido, todo era tan real.

— ¡Papá, parece extraño que las personas adultas se molesten fácilmente por cualquier tontería! Hasta ahora, yo pensaba que esto de demorarse un poco no eran más que simples tonterías. Tendremos que habituarnos a ello, pero en este caso particular, yo me niego a que tú nos grites y uses palabras duras. Esto no puede ser —le dijo Cristian a Pedro, mientras este escucha desconcertado las palabras tan directas de su hijo.

— ¡Sí, sí! Yo pienso lo mismo. Tú siempre nos reprimes. Pareces un viejo gruñón —añadió Yoni a las palabras de su hermano.

— ¡Basta! Qué modales. Cada vez que esto ocurre, ambos nos preocupamos por ustedes. Estoy aburrido de lo mismo de siempre. ¡Qué descaro el suyo, mocosos! Ustedes tienen un concepto de la vida errada.

Cuando yo era joven, hacía caso en todo lo que me decían mis padres... Pero... ¡Uf, qué diferencia! —rezongó Pedro.

Al llegar a la casa, nos fuimos directo a nuestro cuarto. Cecilia nos recibió con su cariño característico. Nos vino un miedo enorme a ambos, sería inútil contar lo sucedido, tal vez algún día. ¿Qué estarán haciendo esos seres?

— Vieja, este trapo lo encontraron cerca de la laguna. Está como recién hecho, muy extraño —le dijo Pedro a Cecilia.

— Se parece mucho a la bufanda que usaba el suegro. ¡No puede ser! Tiene que haberse caído a alguien mientras recorría la laguna —sugirió Cecilia.

— Todo es muy extraño. No puede ser del papá esta prenda. ¿Sabes donde están las fotos que nos dejó? —preguntó Pedro.

— Dame un momento y las busco —respondió Cecilia.

— Aprovecho de contarte que vi huellas de huemules. Eran frescas, tienen que haber pasado muy temprano. Hace mucho tiempo que no había visto rastros de estos animales. Debe estar mala la pastura en los cerros, por eso han bajado. Hubiera llevado los perros o el rifle. Voy a llamar a esos mocosos para que cenen —susurró Pedro.

Al rato.

— ¡Vieja, mira esta foto! La prenda es idéntica, es la misma. No, no, esto no puede ser. Lo más seguro es que alguien la haya dejado olvidada en ese árbol —planteó Pedro ante la mirada incrédula de Cecilia.





DÍA DE PESCA

- ¿Cómo les fue, lograron pescar algo? —preguntó Cecilia.
- ¡Sí! Pero nos costó. Algo les pasó a los peces —contestó Pedro.
- ¿Mamá, tomaste el libro que nos regaló el abuelo? Lo habíamos dejado aquí —preguntó Yoni.
- Yo lo guardé. Está debajo de la cabecera en tu cama —respondió Cristian.
- ¡Luego, ahora hay que limpiar los peces para cocinarlos! Siempre ese sucio y viejo cuaderno. En qué estaría pensando su abuelo cuando se los trajo —comentó Pedro a ambos.
- Estaba pensando que con el tío podríamos cortar esos árboles junto a la laguna y también al más viejo, que por alguna razón perdió sus hojas y está secándose. Muy extraño, hace unos días estaba bien. ¿Qué te parece? Hay madera suficiente para unos cuantos meses, así no tendríamos que ir tan lejos. Voy a pensarlo bien.
- ¿Qué? ¿Cortar ese árbol? —preguntaron asustados ambos niños.
- ¡Sí! Terminen lo que están haciendo —recalcó enérgicamente Pedro.

Ambos se quedaron pensativos, será por eso, no puede ser, es imposible. Fue una reacción imprevista, les llevará tiempo, un tiempo que ahora no tienen, deben reaccionar, hacer algo. Qué curioso, ambos sintieron un nudo en la garganta, sus manos tiritaban. Pero si solo son unos simples árboles, de qué se preocupan, que los corten, que los eliminen. Deben ir, contárselo a Koyam, al joven árbol que conocieron el día anterior. ¿Cómo reaccionará? ¡Sí, cuéntenselo todo, deben hacer algo! Esperen hasta mañana, quizás fue solo una idea tirada al aire por la mala pesca. Esto debe haber provocado esa idea oscura y maligna. Mejor terminen de limpiar los peces.

- Cristian y Yoni, ¿Terminaron? —preguntó Pedro con voz fuerte.
- ¡Ya terminamos! Estábamos pensando, papá —respondieron ambos.
- ¿Pensando qué? Estupideces —les dice Pedro.

— No creo que sea buena tu idea de que corten esos árboles, Pedro. Pienso que son más útiles donde están —comentó Cecilia a la idea de Pedro.

Ya en su cuarto, Cristian y Yoni se colocan de acuerdo para ver cómo lo harán mañana para dirigirse a la laguna, sin que Pedro los vea.

— ¿Por qué se le habrá ocurrido esa idea de cortar los árboles de ese sector de la laguna? —preguntó Yoni a su hermano.

— No te preocupes, solo fue una idea. Da lo mismo, al fin y al cabo, mañana iremos igual. No te molestes por tonteras. ¿Quieres que te lea uno de los capítulos del libro antes de dormir? —preguntó Cristian, mientras su hermano mira pensativo por la ventana.

— ¡Me parece extraño todo lo que ha pasado! ¡No me mires así! Bueno, pero léelo en voz baja —dijo Yoni.





LA TRAVESÍA

Resultó ser un día particularmente agradable. Una brisa apenas hacía sentir los movimientos de los insectos que surcaban la orilla de la laguna. Es este ambiente habían ocurridos cosas extrañas, inusitadas. Todo había pasado tan rápido que nadie tuvo tiempo suficiente para meditar, pensar en lo sucedido.

- Alguien viene. Estén atentos – Acotó Keipün a sus amigos.
- ¡Quién será! ¡Serán los niños! – exclamó Koyam.
- Son ciervos – acotó Bola de pelos.

Los tres decidieron esperar, sin hacer ni el más mínimo ruido, hasta que los ciervos quedaron a solo metros observando estupefactos al gran árbol que yacía muerto.

- ¿Quiénes son ustedes? ¿Qué vienen hacer aquí? ¡Respondan! – les dijo Koyam.
- ¡Cálmate, cálmate Koyam! – acotó Keipün.

Paralizados, Choén y Kooroo se quedaron en silencio observando. Los árboles jamás han caminado.

Había una sombra calurosa y húmeda bajo el viejo árbol. Zumbaban las moscas y matapiojos, circulando entre los rayos de luz que pasaban a traves de las hojas y ramas de árboles y arbustos, hasta chocar con el suelo lleno de restos de tallos y de hojas en descomposición. Ambos ciervos sintieron que el sol estaba quemando sus jóvenes cornamentas, protegidos por una suave capa de pelos, decidieron moverse.

Poco a poco, la inquietud de Koyam se fue apaciguando, hasta que preguntó nuevamente a ambos ciervos, qué los había atraído hacia aquel lugar. Las palabras no salían.

- ¡Qué les pasa, vamos hablen! les hice una pregunta – dijo con sencillez Koyam.

- Vimimos a ver al viejo árbol, hacerle algunas preguntas por cosas que están sucediendo. Luego los vimos a ustedes. ¿Cómo es posible que tú puedas estar caminando? ¿Cómo es posible? ¿Por qué el viejo árbol esta así? – Preguntó Choén.

Koyam no tuvo tiempo de responder. Entre sonidos de ramas quebradas aparecieron Newen y Lliwafe. Conteniendo la respiración y sin parpadear ambos se quedaron observando a los dos ejemplares de ciervos que no habían visto antes. Luego aparecieron entre las ramas Chukao y Rayen.

Koyam poco a poco comenzó a preguntarse por qué los niños no llegaban. Los colocaba en situaciones imaginarias, en medio de objetos que desconocía. Inquieto se puso de pie y echo a caminar alrededor del viejo árbol con la esperanza que pronto llegarían. Instantáneamente cesaron todos los ruidos al mismo tiempo y se abrió un poso de silencio en aquél lugar apacible. Las moscas y ramas no vibraban ya.

Koyam inicio entonces una conversación a propósito de lo sucedido con el viejo árbol. Siguió hablando y luego, dijo que él estaba procurando entender por qué el destino los había juntado. Después de un rato de conversación y de haber explicado lo sucedido, Koyam los invito a hablar, a lo que Choén dijo:

- Al oeste donde se ven las montañas de la cordillera, existen valles y abruptas colinas que dejamos atrás. Antes que el pasto estuviera libre de escarcha, nos pusimos en camino hacia acá. Hicimos alto junto al abrigo de algunos árboles y a un grupo de arbustos tupidos, a fin de descansar y recuperar fuerzas para seguir viaje. La temperatura cálida de

este lugar ha hecho muy gozosa nuestra estadía y nos hemos dejado llevar por los pequeños placeres que tiene este bosque. Hemos cruzado arroyos cristalinos, en busca de tiernas pasturas que crecen en los pequeños claros de valle que existen aquí. Nos hemos tendido en medio de las violetas silvestres para disfrutar de este bello lugar. En ninguna parte se ha ofrecido a nuestra mirada un paisaje tan hermoso. Las empinadas rocas van subiendo gradualmente hasta formar altas montañas, cubiertas por el rico manto del follaje verde oscuro que caracteriza a estos bosques. Volviendo la espalda a este hermoso lugar, notamos con gran sorpresa que nadie salió a recibirnos. Alguien nos dijo que todos nuestros parientes se habían ido de este lugar, perseguidos, cazados. ¿Qué es lo que está pasando?

Luego, acoto Newen con gran pesar:

- Durante nuestra permanencia en esta zona, hemos visto como cada año vuelve el frío, cae la nieve, pero no en gran cantidad. Esto nos alegraba cuando nuestra madre nos ordenaba marchar y partíamos con la seguridad de encontrar abundante alimento, cómo en antaño en que mis abuelos vivían. En esa época abundaban las presas. Era un lugar con mucha benevolencia y esperanza de una buena vida. Después bruscamente todo cambio. Mi madre y hermano, fueron vilmente asesinados hace unas semanas atrás. Tuve que pasar días enteros buscando lugares donde refugiarme para no ser cazado.

- Lo que dice él, es verdad. Lo mismo le ha ocurrido a mi especie e incluso yo me visto directamente afectado con la llegada de estos seres, que han cambiado drásticamente nuestro entorno – dijo Lliwafe, sumándose a lo dicho por su amigo Newen.

- Nosotros vinimos a ver al viejo árbol, para contarle de nuestra unión. No sabíamos nada de lo que está ocurriendo – dijeron Chukao y Rayen.

Koyam se acerco y les dijo que estuvieran tranquilos, que el viejo árbol los estaba mirando. Él había pasado a formar parte de todos los seres del bosque.

Poco después, entre ruidos de ramas quebradas, aparecieron ellos. Ahí estaban ambos niños parados, y el silencio nuevamente se apoderó de lugar por unos instantes.

- Ahora que estamos todos reunidos, escuchen por favor – sugirió Koyam.

- Con la muerte del viejo árbol, anoche tuve un sueño, era el último de mi raza. Todos me conocían por ser parte de un árbol elemental, un ser que puede dar vida o en su efecto quitarla. Esto último no me gustó, para nosotros no hay nada mejor que vivir en tranquilidad, dejar que el tiempo transcurra lentamente a nuestro alrededor. Esa es nuestra costumbre. Al morir nos convertimos en agua, en tierra, en aves, en insectos, en animales. Ustedes mismos pudieron haber sido en su vida pasada parte de estos árboles especiales. Los hombres se internaban en los bosques, prendiendo fuego, porque así es su costumbre, todo a su paso se volvía humo. Estos seres, llegaron a estas tierras, destruyendo todo a su paso, nadie quedó para contarlos. Quedé solo, sin padre, sin madre, sin hermanos, sin amigos. Luego ellos levantaron casas, sembraron, comenzaron a pescar y a cazar. Me convertí en gigante, desperté y me levanté en armas, cayó fuego, cayeron piedras, todos los seres del bosque me siguieron. Y tuve otro sueño, era un niño de hombre y éramos muy pequeños cuando comenzamos a hacernos parte de este lugar. Nuestros antepasados llegaron hace muchos años a vivir, en busca de lugares tranquilos y con esperanza de surgir. Entendemos que todo lo que está ocurriendo es producto de lo que hemos hecho. Mi abuelo nos contó, que, si bien los árboles y todos los animales que viven aquí, están mucho antes que nosotros, esta tierra también nos pertenece, somos parte de ella – recalcó Koyam, mientras los demás miraban y escuchaban con asombro.

- Ahora los veo reunidos a todos como si fuéramos un pedazo de cielo claro, siendo poco a poco rodeados por nubes sombrías, grávidas y amenazantes. No he sido capaz de admitirlo, y he sentido tristeza por mí, lo que es igualmente comprensible. Estoy completamente turbado por

estos sueños. A pesar de toda esta carga que ha soportado nuestro entorno, muchos de nosotros seguimos sobreviviendo. Este entorno que aún nos mantiene a salvo, se está achicando como ese pedazo de cielo azul que pronto será cubierto por nubes negras, tormentosas. El peligro se estrecha a nuestro alrededor, deberemos buscar un escape, sin chocar unos contra otros. A pesar de mis teorías y lamentos ¡No podemos tener esta quietud, debemos hacer algo! – Recalca nuevamente Koyam.

- Yo traje esto. Es un libro que mi papá nos regalo hace tiempo – Interrumpió sorpresivamente Jonathan.

- ¿Por qué lo trajiste? ese libro no lo puede ver él – dijo Cristian en voz baja a su hermano.

- ¿Qué es eso que mencionas niño? – preguntó Koyam.

- Es solo un libro que nos regaló nuestro padre, no hay nada ahí que pueda servir. Sólo hay historias e imágenes – respondió Cristian anticipándose a Jonathan.

Koyam se acercó lentamente hacia los niños y les pidió el libro para verlo. Lo tomó entre sus ramas y al instante comenzó a ver muchas cosas, recuerdos. Había muchas imágenes plasmadas que le habían contado sus padres cuando solo era una semilla. Tras varios segundos, algo en el texto lo dejó perplejo, eran imágenes de una gran tragedia inimaginable para él. Había ahí plasmado los cambios abruptos de los bosques provocados por el hombre, tras siglos, décadas. En principio había una gran cantidad de bosque el cual aseguraba cobijo para muchos seres, con muchos frutos, con suficiente agua, con madera. Abundaban las aves como los loros, las palomas, los carpinteros, chukaos, patos, cisnes, caiquenes, lechuzas, búhos, rayaditos, chercanes, hued hued y muchas otras. Había animales mayores como el huemul, el guanaco, el pudú, coipos y huillines en los ríos. También el puma, el zorro, el gato montés. Muchos insectos, muchos reptiles y anfibios. Por otro lado, una gran variedad de peces en los ríos, lagunas y lagos. Todos estos seres viviendo en armonía

con el bosque, los árboles, con el agua, con el suelo, con el aire. Hasta los pocos seres humanos que había en aquel entonces hacían un uso racional de lo que la naturaleza les ofrecía. En otros pasajes, vio a sus ancestros los árboles, variadas especies creciendo en un mismo bosque. Descubrió que tienen ciclos de vida largo, llegando a vivir siglos, miles de años. Supo del clima de aquel entonces, muy distinto al actual, donde la lluvia, la nieve y las temperaturas eran ideales para el desarrollo del bosque. Descubrió a los volcanes y a los rayos, formando parte del funcionamiento natural de su ambiente, de su casa.

Todo en normal armonía, hasta que llegaron más hombres, pero distintos a los que existían, cambiándolo todo, incluso sometiendo y exterminando a los anteriores, ¿Cómo un ser podía hacer esto con su entorno, con su misma raza? Este nuevo ser encontró en el bosque su principal obstáculo para sembrar y criar a sus animales, se alió con el fuego y comenzó a quemar cuanto bosque y árbol le impedía establecerse. Luego vino el descontrol por la madera que entregaban los preciados árboles, y comenzó una nueva etapa de destrucción y devastación.

Fue así como al cabo de varios minutos de sostener el libro entre sus ramas, a Koyam le surgieron muchas preguntas que no le eran fáciles de responderse el mismo y quizás también para quien tratara de dárselas. Miró a su alrededor, a los seres que estaban ahí, a los niños, si a esos seres que descienden de aquella raza que ha provocado esos cambios abruptos de su hogar y que están plasmados en aquel libro. Sin lograr entender bien todo, habló con Bola de pelos, con Keipün, con los ciervos, con Newen y Lliwafe, con los niños, con Rayen y Chukao. Era tiempo de ir en búsqueda de respuestas. ¿Dónde la encontrarán? nada estaba claro, pero algo en su interior le indicó a Koyam que las encontraría ahí, en su entorno, en todos los seres que vivían en el bosque.



A black and white photograph capturing a close-up view of a forest floor. The composition is dominated by large, broad leaves with prominent veins, some of which appear to have dew or rain droplets on them. Interspersed among these larger leaves are smaller, delicate flowers with multiple petals, some of which also have visible droplets. The lighting is dramatic, with strong highlights and shadows creating a sense of depth and texture. The overall mood is mysterious and serene.

LA JOVEN
MISTERIOSA

Yo vivía lejos de aquella laguna, entre arbustos y árboles sedientos de agua, de aire, de luz. Entre agrestes y escarpadas rocas, lavadas por la lluvia, por la nieve, roídas por el tiempo transcurrido. Entonces yo estaba ahí parada, junto al arroyo, junto al árbol, junto a ellos. Los miraba, pero ellos no me veían. Después de todo permanecí inmóvil, estaba esperando algo. Estaba segura de conocerlos, sin embargo, no lograba recordar. Cuando el grupo pasó junto a mí, supe quién era él.

Recordé a ese pobre árbol de la laguna, un ser desdichado por lo que le tocó vivir en los últimos años de vida. Su vida pareció inútil, lamentable y abandonada por otro ser que se había convertido en su amigo más cercano e inseparable, que nunca se iría de su lado, que no lo abandonaría. Daba lástima verlo tan desamparado, tan lejano, arrinconado. Golpeé mi pecho, mientras colocaba la mirada en todos los rincones de aquel lugar. A ratos conmovido por aquella escena, un hondo suspiro me hacía sentir un ligero nerviosismo, una deuda, una ayuda ofrecida que no llegó a tiempo. Me arrepentí inmediatamente por no haber actuado a tiempo y haber evitado la muerte de aquel ser. Pensé en una vida miserable, en mis sufrimientos y en la crueldad que la vida deja sobre algunos seres. Me enternecí hasta las lágrimas y, poniéndome de pie, resolví que era mejor ir detrás de aquellos.

Al llegar al comienzo de una gran abertura del bosque, me detuve. Me detuve conscientemente, sentí una sensación extraña. A ratos, nubes soñolientas surcaban el cielo, algunas oscuras, otras claras. Me encogí y di un salto sin que ellos lo notaran. Anduve así por un largo trecho y a ratos me fundí por completo con el aire cálido, en las sombras que daban los árboles que crecían en el lugar. Poco a poco fui distinguiéndolo y terminé por recordar y entender mi propósito. Saqué fuerzas dentro de mí y les hablé.

— ¿A dónde te diriges, mi querido amigo? —pregunté.
 — ¿Recuerdas quién te llamó por tu nombre en tus sueños anoche?
 Puedes oírmе, ¿verdad? —volví a preguntar.
 — Sí, te oigo. ¿Quién eres y dónde estás? ¿Por qué no puedo verte?
 — preguntó con asombro Koyam.
 — Conocí a tus padres y al viejo árbol. Hablé con él antes de que muriera —respondí.
 — Muéstrate, ser. No lastimarás a mis amigos, muéstrate para que pueda ver quién eres —rogó Koyam con mucho nerviosismo, mientras les pidió a sus amigos que se quedaran detrás suyo.
 — ¿Qué pasa, Koyam? ¿Por qué nos detuvimos? ¿Por qué estas así?
 — preguntaron todos a la vez.
 — Hay alguien más con nosotros. Cuidado, no se alejen, por favor
 — insistió Koyam.

No quise responder de inmediato, porque de haber dicho algo, habría sido para asustarlos más de lo que ya estaban. Guardé silencio, sonriendo de manera hipócrita mientras buscaba una forma de mostrarme sin que ellos se alarmaran. Después de un tiempo, creo, estaba parada en frente. Todos me miraban, yo miré distraídamente a todos lados. Comencé a pasearme, pero me detenía a cada instante, sin hallar qué hacer. No sé dónde echaron a volar las carcajadas repentinas que me hicieron perder toda la inquietud sentida y fue necesario que uno de los niños se acerque valiente hacia mí, mirándome con compasión, como se hace con una idiota, para que reaccionara.

— ¿Quién eres? ¿Qué haces aquí? —preguntó el niño.
 — Yoni, ¡ven para acá, hermano! ¡Ten cuidado! Ven, acércate aquí.
 ¡No me mires, disimula! —susurraba en voz baja Cristian a su hermano, mientras este miraba con asombro a lo que decía.
 — Tranquilos, creo conocerla, sin embargo, no recuerdo dónde la

había visto. Fue en alguna parte, no fue solo en mis sueños, en algún lugar que no puedo recordar en este momento —acotó Koyam, mientras sus amigos se quedaron mirándolo por unos minutos.

La joven misteriosa los quedó observando y respondió:

— No te asombres, Koyam, tú sabes de aquello. Pronto podrás recordar lo que está lejos, lejos. Vengan y siéntense todos, bueno, los que puedan. No, no entienden, pero escuchen. Ahora escuchen todo esto y no me interrumpan —instruyó la joven.

La tarde-noche empezaba a acercarse, los niños comenzaron a sentirse inquietos, nerviosos, e hicieron un gran esfuerzo para mantenerse atentos a lo que la joven comentaba. Era hora de volver a casa. Muy valientes, tomaron fuerza e interrumpieron para avisar que debían marcharse, de esta manera sus padres no sospecharían nada de lo que allí estaba ocurriendo, ya que para el humano corriente todo esto es incomprensible, nada de esto podría ser real.





Este libro se terminó de imprimir en
el mes de octubre de 2023 en Santiago, Chile.
Los textos fueron compuestos por las tipografías
Baskerville y Whitney HTF.

Páginas interiores impresas en papel bond ahuesado de 80 grs.
Portada impresa en cartulina de 250 grs. con polilaminado mate.
Encuadernación hotmelt.
Tiraje de 100 ejemplares.

